

libros más interesantes basándose en la vida de fray Servando Teresa de Mier, aunque la biografía del dominico le sirvió para proyectarse y hablar de sus propias obsesiones. Ese título, *El mundo alucinante*, creo que serviría para denominar la totalidad de su universo novelesco.

El color del verano (1991), obra de publicación póstuma, gira alrededor de un carnaval que celebra los cincuenta años de poder del dictador Fifo (Fidel). El carnaval en realidad es la propia escritura de Reinaldo Arenas, que metamorfosea a los personajes reales y los desfigura, aunque el común denominador es hacerlos pasar a todos por experiencias homosexuales altamente fálicas. No me interesan, como crítico literario, las interpretaciones psicológicas que se podrían hacer de un escritor, Arenas, que trata de vengarse, a través de la sexualidad, de personajes históricos o contemporáneos. Sin duda se podría hacer si estuviéramos comentando su autobiografía, pero lo que aquí importa es saber si esta ficción consigue lo que se propone y si ese logro tienen algún valor. Reinaldo Arenas trata de dibujar el mundo cubano, fuera y dentro de la isla y de situar a un personaje que es trasunto de él mismo en el terror de la dictadura y la errancia enajenadora del exilio. Muchos escritores y políticos aparecen con sus nombres ligeramente cambiados

pero reconocibles, como Cabrera Infante, Sarduy, Carpentier, García Márquez, Fuentes, Padilla y un largo etcétera. Casi todos ellos son motivo de un brutal escarnio. La carnavalesación literaria que lleva a cabo logra crear un mundo infernal, con una prosa acumulativa que no conduce al lector hacia ninguna parte. En realidad estamos, al final de este grueso libro, en la misma situación que al principio, sólo que más cansados. Fifo (Fidel) es omnipotente y hace y deshace, asesina y resucita, y los personajes, cada cuatro renglones son sodomizados y realizan felaciones. No, no se trata de un nuevo «Jardín de las delicias» sino de una obra desesperada y exasperada que, penosamente, no alcanza a encontrar su forma. Tampoco los personajes lo son, porque salvo Fifo, dictador omnipotente, los otros carecen realmente de perfil. Nos recuerda, en cierto sentido, a la obra de Sade, en la cual los personajes son una función de una escritura en la que se acumulan, morosamente, las transgresiones. Si Arenas pretendió expresar los terrores y angustias de los cubanos, oprimidos y sometidos a vejaciones morales sin cuento, no creo que lo haya conseguido; tampoco es una pintura coral, como pueda serlo *La colmena*, de Cela, de un período histórico y social: le falta verosimilitud y el equilibrio entre la distorsión y la

realidad. Sus personajes podrían en ocasiones evocarnos a los que pintó Bacon, pero de nuevo falta algo: una prosa equivalente a la fuerza expresiva del pintor británico. Por otro lado, difícilmente se puede hacer la crítica de un mundo tan torturado como el cubano, si no hay diferencias, si todos son lo mismo. Que la experiencia sexual del autor está llena de culpa y no exenta de un rostro tanático se hace evidente al tratar de utilizar la homosexualidad como imagen vengativa. Añado que esa homosexualidad es siempre meramente genital. Y puesto que se trata, finalmente, de una novela, hay que hacer notar que nos hayamos ante un libro verdaderamente aburrido, aunque quizás haya lectores que le encuentren su gracia. Ahí está, al alcance de cualquiera para que lo intente.

J. M.

Permanencia y transitoriedad de los conocimientos históricos

Si algún rasgo hace de la *Historia de España** de Joseph Pérez un libro singular; si algún valor la distingue de otros trabajos generales sobre el pasado de la península; si, en definitiva, algún argumento puede llevar a preferir esta obra sobre otros manuales recientes, éste sería tal vez su prodigiosa capacidad para tomar en consideración, con indiscutible rigor y honestidad, las más importantes corrientes del pensamiento historiográfico español. El lector de la *Historia* de Pérez queda, así, con la reconfortante sensación de no haber asistido a una nueva elaboración de un relato ya conocido. Antes al contrario, lo que recibe a lo largo de estas páginas es una admirable combinación intelectual en la que, a partes iguales, el historiador ha logrado conjugar la precisión en la sucesión de datos y acontecimientos con el reflejo de dudas, incertidumbres y controversias sobre su sentido.

* *Joseph Pérez: Historia de España, traducción de Juan Vivanco, Magda Maribel y M^{ra} Carmen Doñate, Península, Barcelona, 1999, 760 pp.*

Esta actitud —que no se confunde en ningún momento con el eclecticismo o la renuncia a expresar los propios puntos de vista, queda patente desde el inicio mismo de la obra. Pérez no rehuye la evidencia de que comenzar la narración por los iberos y los celtas o por el período en que, en torno al siglo XIII, los cristianos, musulmanes y judíos de la península habrían empezado a adquirir conciencia de sí mismos en tanto que españoles, equivale a tomar posición ante uno de los puntos más conflictivos que enfrentó a Américo Castro con Sánchez Albornoz. Pérez manifiesta su preferencia por el primero, pero no deja por ello de lanzar una mirada sucinta y escrupulosamente neutral sobre el período que va desde las supuestas invasiones originarias hasta la disolución del reino visigodo, vencido por los musulmanes. Es más, fiel al propósito de integrar las alternativas al relato principal, Pérez llega a mencionar, incluso, la hipótesis de un escritor tan menospreciado en los círculos académicos como Ignacio Olagüe, autor de *La revolución islámica en Occidente*, obra en la que se ventura la posibilidad de que la invasión árabe fuera un equívoco historiográfico. Para Olagüe —lo mismo que para León Poliakov— la islamiización de la península habría sido el resultado de una guerra civil entre peninsulares trinitarios y arrianos, credo, este último, que

habría resultado vencedor y que habría derivado hacia el islam como consecuencia de su proximidad teológica.

Es, en cualquier caso, a partir de la España musulmana y, sobre todo, de la de los Reyes Católicos, donde la obra adquiere el ritmo que mantendrá hasta las últimas páginas, tan atractivo para los especialistas y universitarios como para los lectores sencillamente interesados en el pasado peninsular. Autor de monografías excelentes sobre el reinado de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, los Comuneros o la expulsión de los judíos, Pérez realiza un extraordinario esfuerzo de síntesis para no desequilibrar el conjunto en favor de los asuntos que no sólo conoce, sino sobre los que ha arrojado una de las miradas más interesantes del último hispanismo. Sin conceder a algunos hechos un protagonismo que podría producir irritación, Pérez no elude sin embargo integrarlos en la visión que proporciona su obra. De este modo, no ocultará la condición de usurpadora de Isabel la Católica ni dejará de lamentar los muchos prejuicios, los múltiples y variados anacronismos, desde los que se ha abordado el estudio de las Comunidades de Castilla. Por otra parte, destaca su intuición al vincular la expulsión de los judíos, inmediatamente después de la toma de Granada en 1492, con los avatares de la construcción del Estado moderno.

La época de los Austrias y el cambio de dinastía con que se inaugura en España el siglo XVIII están narrados desde la misma actitud, lo que permite a Pérez pasar por lo que Américo Castro consideró como la «Edad conflictiva» y por la Ilustración con la credibilidad que proporciona el reconocimiento expreso y sin complejos de las propias inseguridades. Pérez cuestiona con argumentos dignos de tener en cuenta el concepto de casta que maneja Castro pero, en contrapartida, parece no haber valorado adecuadamente la influencia que la condición de converso que compartieron algunos de los mejores escritores del Siglo de Oro, tuvo sobre la manera de comprender y ejecutar sus obras. Mantiene, tal vez, una división demasiado tajante entre éstas y el contexto en el que se producen, lo que le estaría privando de claves imprescindibles para su interpretación. En cualquier caso, el hecho de que Pérez no renuncie en ningún momento a mantener el diálogo con el autor de *La realidad histórica de España*, hace de sus críticas y observaciones parte de un propósito más amplio y ante el que no cabe reproche alguno: profundizar en el conocimiento de la historia de un país como España, en el que, no por casualidad, vuelven a resurgir en estos días tensiones identitarias que se apoyan, precisamente, en los relatos del pasado.

Por lo que se refiere a los siglos XIX y XX, centro de la actual controversia sobre la «normalidad» de España, Pérez no los reconstruye, ni mucho menos, desde el convencimiento de la excepcionalidad. Sin embargo, tampoco parece compartir una idea asociada a la de la «España normal», de acuerdo con la cual es inútil buscar más atrás de 1800 para encontrar explicación a algunos fenómenos contemporáneos. No, menos aún, parece compartir ese propósito de dulcificar las páginas más sombrías de la historia de España mediante su comparación con las páginas europeas equivalentes. Pérez opta de nuevo por narrar sin ocultaciones, por ofrecer la línea argumental más consolidada y, al tiempo, los flancos más débiles desde los que ha sido rebatida. De ahí que los capítulos en que se repasan las revoluciones liberales y los agitados comienzos del siglo XX, preludio de la guerra civil y del régimen de Franco, contengan algunas de las mejores páginas que se han escrito sobre el período.

Joseph Pérez ha conseguido, en suma, una *Historia de España* que, sin pretensiones de resultar definitiva sino, justamente al contrario, tratando de demostrar la transitoriedad de los conocimientos históricos, tardará largo tiempo en poder ser igualada y, más aún, superada o sustituida.

José María Ridao